

**Matt Gatton, *The Shadows of Socrates: The Heresy, War, and Treachery Behind the Trial of Socrates*, New York, Pegasus Books, 2024, 352 pp.
ISBN 10: 1639365826, ISBN 13: 9781639365821**

José Ramón del Canto Nieto 

<https://dx.doi.org/10.5209/cfcg.100879>

El juicio y la subsiguiente condena a muerte de Sócrates ha resultado un acontecimiento histórico de tal magnitud y trascendencia, que puede compararse en algunos aspectos -así lo dice Matt Gatton- al juicio y muerte de Jesús. Para entender cabalmente el proceso y sus consecuencias es necesario primero tener en cuenta el sistema judicial ateniense y, por supuesto, las vicisitudes históricas de la acusación y del desarrollo del juicio, incluida la propia actitud de Sócrates en él, pero también -y esto es seguramente lo más importante- hay que tener en cuenta las fuerzas políticas, ideológicas y religiosas que se arremolinaban en la Atenas de los últimos años del siglo V a. C., una época turbulenta, de "atroz nerviosismo" (en expresión de Antonio Tovar)¹ en la que llegaron a enfrentarse (en palabras de Gatton) el más racional de los hombres con las más irrationales fuerzas de su época. Es preciso esclarecer las razones que llevaron a aquella votación fatídica y asignar la responsabilidad no solo a los acusadores nominales, sino también a los instigadores que movieron los hilos en la sombra. No es lo mismo, volviendo al proceso de Jesús, un caso de blasfemia religiosa ante las autoridades judías, que un delito de lesa majestad ante las autoridades romanas. Las consecuencias históricas, como sabemos, no han resultado baladíes: han generado, en el primer caso, una fuente de judeofobia (el pueblo "deicida") que ha perdurado hasta nuestros días. En cuanto a Sócrates, se ha llegado a señalar, además de la envidia (un aspecto constante en la condición humana), la responsabilidad emanada de una supuesta postura antidemocrática por parte del reo, o, por el contrario, un error y carencia del sistema democrático considerado en sí mismo. Tampoco se puede considerar la condena como el castigo de una herejía según conceptos modernos.

El libro de Gatton es interdisciplinar. Hay en él una parte de documentación histórica en la que se señalan puntualmente numerosas fuentes y se adjuntan pertinentes traducciones, como es de suponer en lugar preeminente, de Platón y Jenofonte, pero también de Plutarco, Tucídides, Aristófanes y Andócides; no faltan, sin embargo, otros testimonios precisos, significativos y originales. El autor ofrece además -y esta es su mayor novedad- una hipótesis acerca del fundamento último sobre el que gravitó la condena, que no fue otro que la presencia de motivaciones religiosas y filosóficas relacionadas con los Misterios de Eleusis con todo el peligro y gravedad que atentar contra ellos suponía. En cuanto a la presentación y desarrollo de los hechos que llevaron al final de la vida de Sócrates, el autor se mueve conforme a una pauta de tipo policiaco (dicho en palabras suyas). Aunque se lee con mucho agrado, este libro, sin embargo, no es una novela histórica. Se trata de una obra muy bien documentada, perfectamente estructurada y de gran claridad expositiva en la que se aventura una teoría original.

¹ Antonio Tovar, *Vida de Sócrates*, Madrid 1947.

Entre los principales protagonistas de esta especie de drama en el que se van desencadenando los hechos, destaca un trío de vidas entrelazadas. Estos son sus principales *Dramatis Personae*: Alcibíades, muerto en 404, Calias, en 371 y el propio Sócrates, en 399, a.C. Los dos primeros pertenecieron a la más depurada élite política y social ateniense y participaron en primera línea en los asuntos de la polis. Ambos mantuvieron entre sí estrechos lazos desde su infancia. En efecto, Alcibíades, a la muerte de su padre Clinias, de ilustre familia, fue adoptado y criado por el estadista Pericles, primo de la madre de Alcibíades. Por otra parte, la primera esposa de Pericles, casada más tarde con Hipónico, fue la madre de Calias y de su hermana Hipareta, quien, para cerrar el círculo, llegó a ser la esposa de Alcibíades. La convivencia de Calias y Alcibíades a la sombra de Pericles se caracterizó *ab origine* por una intensa rivalidad y enemistad. Alcibíades era de buena figura, clara inteligencia y estaba dotado de un gran poder de seducción. Ambicionó siempre el poder, para cuyo fin no escatimó medios, incluida la traición. El muy rico Calias, «un genio maligno poseído por el afán de venganza», según el orador Andócides (*Sobre los misterios*, 130-131) era también muy ambicioso, y se valió de su poder religioso para sus pretensiones políticas. Era *daduco*, es decir ‘portador de la antorcha’ y por ello segundo miembro en importancia jerárquica de los Misterios de Eleusis, un cargo recibido por herencia familiar, la distinguida saga de los Cérices. Según Gatton, Calias se habría valido de su poderoso estatus de manera velada para vengarse de su medio-hermano. Asumiendo el papel de una especie de “guardián de la Luz”, supo manejar los hilos de las acusaciones a la sombra. Ambos personajes fueron relevantes discípulos de Sócrates. Platón sitúa su diálogo *Protágoras* precisamente en la casa de Calias, a la que también asiste otro notable discípulo de Sócrates cuya sombra se extenderá sobre él, Critias, el político que jugaría un importante papel en la Tiranía de los Treinta. Por lo demás, se ha especulado con un vínculo amoroso entre Alcibíades y su maestro, como se puede intuir al final del *Banquete* de Platón o en las primeras conversaciones del *Protágoras*. Por su parte, Ánito, el posterior acusador de Sócrates estaba enamorado de Alcibíades, quien siempre se mostró desdénoso con él.

Alcibíades fue acusado en el año 415 a.C. de la mutilación de las estatuas de los Hermes y de la revelación y parodia de los secretos de los Misterios de Eleusis en unos momentos muy críticos para la ciudad, que temía que se desatara la ira de los dioses. Se creía que estas acciones impías enmascaraban además una conjura política. Un hecho de este calibre se penalizaba con la pena de muerte según la doble cara política y religiosa en que Atenas se movía en los asuntos que tenían que ver con la religión de la ciudad. La persecución judicial de Alcibíades por estos motivos cuando capitaneaba la expedición a Sicilia en la Guerra del Peloponeso y la posterior huida y traición a su ciudad natal, fue un hecho que tuvo enormes consecuencias en el desarrollo de la contienda, hasta el punto, puede decirse, de poder considerarse un punto de inflexión en su desenlace. Otro acusado, cuyo testimonio aporta luz a la hipótesis de Gatton, fue el orador Andócides (muerto en 390) quien, a pesar de ser de la familia de los Cérices, fue acusado también de la profanación de los Misterios. Logró escapar en una primera instancia a la condena, pero hubo de marchar al exilio, y al regresar, volvió a ser juzgado por profanar los Misterios en 399 a.C. Era el año de la muerte de Sócrates.

Para exponer su original hipótesis, Matt Gatton describe en primer lugar la esencia de los ritos eleusinos. Entre los distintos tipos de Misterios que en la Antigüedad han sido, parece poder aislar un elemento arquetípico común: «Lo que se ve y lo que se oye, misterioso e irracional, suscita la impresión de que existe algo más allá de la experiencia visible, la convicción de que existe una especie de plan, un orden universal, en el que el iniciado se integra»². Y así podemos leerlo entre líneas en el *Fedro* platónico (250 c): «[Son] plenas y puras y serenas y felices las visiones en las que hemos sido iniciados, y de las que, en su momento supremo, alcanzábamos el brillo más límpido, límpidos también nosotros, sin el estigma que es toda esa tumba que nos rodea y que llamamos cuerpo». Clemente de Alejandría (*Strom.* 5.70), por su parte, decía que no había

² Estas son palabras de Alberto Bernabé, en «Las Religiones místicas» (*Religiones del mundo antiguo*, Madrid 2010).

nada que comprender en los grandes Misterios, sino que su esencia consistía precisamente en contemplar. Y es que la revelación, la “Gran visión” con la que culminaban los misterios mayores de Eleusis, según distintos testimonios, era muy luminosa. Se decía que la experiencia de esta visión marcaba una neta oposición entre una luz sobrenatural y la condición natural y mortal. La divinidad eleusina, en la medida en que podemos conjeturar, se manifestaba sobrenaturalmente como una muy brillante luz. Y la luz, dice Gatton, es poder. Pero la luz, como el Sol, puede ser tanto una alegoría como una realidad. En la parte ritual de los misterios que tenía que ver con la contemplación (*tà horómena*) se presuponía una visión sobrenatural que emanaba del *anáktoron*, el *Sancta sanctorum* del santuario de Eleusis, un recinto inserto dentro del *Telesterion*. Este último era el lugar interior oscuro en el que los *mistas* acababan convertidos en *epoptes*, es decir, en aquellos que “habían visto”, se entiende que una epifanía de enorme trascendencia para sus vidas a partir de entonces. Hay constancia desde antiguo, sin embargo, de distintas tentativas desmitificadoras y racionalizadoras de las experiencias visionarias de estos ritos. Cicerón, por ejemplo, nos recuerda el autor, en su *De Natura deorum* (I. 42), refiriéndose a los Misterios de Eleusis dice: «Cuando estas cosas se explican y se someten a razón, llega a conocerse mejor cuál es la naturaleza de las cosas que la de los dioses». Según algunos de estos intentos racionalizadores, la visión inefable no provendría de una luz sobrenatural, sino del reino de la realidad física, de algo que podría discernir la inteligencia humana según una “iluminación” que podría llamarse entonces, de manera alegórica, luz racional o intelectual. Es conocida en este sentido, por ejemplo, la teoría enunciada por el Dr. R. Gordon Wasson (y otros autores en el libro *El camino a Eleusis*, 1978), según la cual, estas visiones no procederían de representaciones teatrales, como sugieren algunas fuentes de la Antigüedad, sino que estarían producidas por los efectos del *ciceón*, una bebida ingerida previamente de manera ritual, pócima que contendría sustancias dotadas de poderes enteógenos. La explicación de Gatton, como ya hemos dicho, es original. El autor estadounidense había publicado en 2022 una pequeña obra dentro de los estudios de su especialidad en la que analizaba causas de visiones consideradas sobrenaturales a partir de los efectos de una luz natural. En su obra *The Eleusian Projector: The Hierophant's Optical Method of Conjuring the Goddess*³ y otros estudios, había expuesto ya la teoría que resume en este libro (pp. 10-16), según la cual, las visiones de carácter místico que experimentaban los iniciados se deberían al efecto producido por imágenes proyectadas conforme a propiedades de leyes ópticas como las de la generación, propagación y absorción de la luz, leyes que, si bien no pueden constatarse arqueológicamente, cumplen en su experimentación los requisitos de la Ciencia: ser consistentes, predecibles y reproducibles. Un foco de luz proveniente del *Anáktoron*, el espacio al que solo podía acceder el *hierofante*, produciría efectos luminosos como los que se generan en una Cámara Oscura, que es en lo que se habría convertido el *Telesterion*. Esos efectos mostrarían un carácter tridimensional con difuminaciones de formas, y por otra parte, los movimientos generados por esta luz posibilitarían que los iniciados percibieran aquellas sensaciones inefables como una epifanía de la divinidad. El seno oscuro del *Telesterion* guardaría además connotaciones afines al imaginario griego del Hades, lo que reforzaría la creencia, según el mito de Deméter y Perséfone, de una muerte seguida de un renacer. Esta es, brevemente resumida, la primera parte del original planteamiento de Gatton.

La segunda parte consiste en la consecuente relación del fenómeno óptico que se producía en el *Telesterion* con el relato platónico (¡puesto en boca de Sócrates!) conocido universalmente como *La Alegoría de la Caverna* al principio del libro VII de la *República*. En dicha caverna, se nos cuenta, los contempladores de sombras creían que las imágenes provenientes de una luz que ellos ignoraban eran la realidad. Pero cuando un encadenado logra liberarse y ascender a la fuente luminosa (un proceso que recuerda a los *mistas* que, poco a poco, van abriendo los ojos hasta la contemplación total de la verdad) descubre, ya liberado, que la luz deslumbrante no es sino el Sol, un elemento natural. Por último, si este aventurero regresara al seno de la cueva

³ En *The Oxford Handbook of Light in Archeology*, Edited by Costas Papadopoulos and Holley Moyes, Oxford: Oxford University Press, 2022, pp. 583-603.

y osara revelar el secreto de que las imágenes que contemplan sus antiguos compañeros de cautiverio proceden de una luz exterior, éstos no podrían aguantarlo y lo matarían. No olvidemos en este punto que Aristófanes, en su comedia *Las Nubes*, de 423 a.C., presenta a Sócrates como un “naturalista” que explicaba que los dioses no eran sino fuerzas de la Naturaleza. Este prejuicio sobrevivió mucho tiempo en la mente de la ciudadanía, como testimonia el propio Sócrates en su *Apología*. Es importante señalar que, según muchos autores, la anunciada muerte del evadido de la caverna (*cf. Rep.* VII, 2. 517 a) hace alusión alegóricamente a la muerte de Sócrates⁴.

Llama la atención entonces un hecho: el largo tiempo transcurrido entre la obra de Aristófanes y la condena de Sócrates ¡nada menos que 24 años! Pero si consideramos el episodio de la profanación de los misterios en el que se acusó a Andócides el mismo año de la muerte de Sócrates, la teoría gana verosimilitud. Puede asegurarse que, a pesar de la amnistía de 403 a.C. algunos prejuicios de carácter político-religioso no prescribían en la mente y en el afán de venganza de algunos personajes. Y el delito de “naturalismo”, hábilmente envuelto bajo la acusación de *No creer en los dioses en quienes la ciudad cree*, fue lo que acabó por llevar a Sócrates finalmente a beber la cicuta.

Por otra parte, en la acusación formal de Sócrates se decía también: *delinque también corrompiendo a los jóvenes*. Pues bien, Ánito, el principal acusador de Sócrates, además de ser un personaje religioso y conservador, guardaba rencor contra Sócrates por creer que fue éste el responsable de la disipación a la que llegó su hijo tras haber frecuentado trato con aquel. Licón, otro de los acusadores, tendría inquina contra Sócrates por haber sido éste el maestro de Critias, uno de los principales activos en la Tiranía de los Treinta, bajo cuya política murió su hijo Autólico. Y el propio Andócides denunció personalmente en su discurso *Sobre los Misterios* a Calias por haber pagado a Meleto, para que lo acusara a él. Pues bien, Meleto, un auténtico “hombre de paja”, acabó acusando también a Sócrates. Calias debió organizar toda la celada. Platón hubo de esperar un buen intervalo de tiempo para “aportar luz” sobre las causas últimas de todo el proceso, de manera alegórica en la *República*, en una época en que ya había muerto Calias y la sociedad ateniense pasaba por un tiempo políticamente más sereno.

En la *Alegoría de la Caverna* puede calibrarse el verdadero “delito” de Sócrates: revelar la Verdad (recordemos que la etimología de *Alétheia*, es ‘lo no escondido’, ‘lo no ocultado’). Y es que, volviendo al principio, el fondo último del proceso y muerte de Sócrates, aunque siga siendo inabarcable, se halla en sintonía con su actitud persistente a lo largo de su vida: ser el portador de la luz de la razón; señalar «qué errores eran los que amenazaban las raíces vitales de la cultura, y lo que había a toda costa que evitar»⁵. El problema filosófico que planteaba Sócrates señala, en último término, a una oposición entre Luz natural (de la razón) frente a Luz sobrenatural (de las creencias), un problema de trascendental importancia filosófica que podía trastocar los fundamentos del poder establecido. Esta polémica, dice Gatton, fue similar a aquella con la que Galileo puso en compromiso a la Iglesia Católica de su época: una revelación que podía hacer tambalear los fundamentos de creencias esenciales. La sustancia del problema sigue siendo enorme: implica una oposición de conceptos tales como verdad y mentira, ficción y realidad, y razón humana frente al poder emanado de lo sobrenatural, oposiciones que han pervivido a lo largo del tiempo y que, aún hoy, continúan en vigor. Su huella, dice el autor, puede seguirse en creaciones literarias como *La Vida es sueño* de Calderón y en otros muchos autores a lo largo de la Historia. Podemos añadir que conceptos como Alienación (en sentido marxista), Existencia inauténtica, en términos heideggerianos, las *Fake News* o el concepto “Medios de Formación de Masas”, siguen entrañando esta dialéctica. Puede apreciarse también en obras cinematográficas muy actuales, como *Matrix* o *Inception*, o en novelas como *La caverna de las ideas* de José Carlos Somoza o *La Caverna* de José Saramago. A este problema, de vital importancia a la hora de encarar la Verdad se enfrentó Sócrates a costa de su propia vida. El presente libro nos invita de una manera profunda, documentada y amena a reflexionar sobre ello.

⁴ Así lo dice, por ejemplo, M. Fernández Galiano en su traducción al español de *La República*, Madrid 1988.

⁵ Tovar, o.c., p. 327.